

Todos ustedes deberían hacer silencio

Violeta Antonia Gómez. Mujer transgénero bogotana, comunicadora social, editora y escritora. Ha escrito para medios como Avianca en Revista, Radiónica y la revista Javeriana, entre otros. Es activista y hace parte del colectivo feminista Las Vagabundas. La pueden encontrar en redes sociales como @intransitif92.

En 1973, cuatro años luego de que los disturbios originados en el bar Stonewall marcaran un antes y un después la lucha por los derechos de la comunidad LGBTIQ, la activista trans Sylvia Rivera se montó en la tarima de la marcha del orgullo de Nueva York y entre abucheos vociferó uno de los discursos más importantes en la historia del movimiento, un discurso que hoy en día cobra aún más vigencia y que empezó con las palabras “Ya’ll better quiet down”, todos ustedes deberían hacer silencio, y silencio es lo que le pido a la comunidad LGBTIQ este año en el que en medio de una pandemia global no habrá marchas ni fiestas del orgullo, pero no es silencio cómplice lo que pido, es silencio contemplativo.

En ese momento, Sylvia Rivera criticaba a los hombres gays y mujeres lesbianas de raza blanca y clase media, quienes por la oportunidad de ser aceptados socialmente dejaron de lado a las identidades disidentes de la comunidad, en especial a las mujeres trans y a las personas racializadas, intersección de la cual Rivera hacía parte, y que en su mayoría vivían del trabajo sexual y en

situaciones de extrema pobreza.

Cuarenta años más tarde, el panorama no ha cambiado mucho, si acaso ha empeorado. Mientras las personas cuir que logran mimetizarse en la sociedad cis-heteropatriarcal debido a su color de piel, su situación económica o su acomodación a las estructuras normadas de familia, matrimonio y consumo como identidad creen que no hay más luchas que dar (ya se lograron el matrimonio y la adopción homoparentales), la gran mayoría de identidades disidentes siguen siendo estigmatizadas, perseguidas y criminalizadas sistémicamente.

Cuando el momento más importante de la comunidad LGBTIQ en un país como Colombia y en una ciudad como Bogotá es una marcha anual patrocinada por instituciones gubernamentales y empresas privadas, mientras la policía persigue y le dispara a trabajadoras sexuales trans en la calle, mientras la negligencia del sistema de salud deja morir a una mujer trans seropositiva al negarle atención médica, mientras a una mujer trans la apuñalan por salir a la calle en el “día que no le correspondía”,

creo que es imperante que aquellas personas que creen que ya no tenemos luchas que dar y piensan que el discurso sanitizado y comercial del amor libre es el epítome de una comunidad que hoy en día sigue sufriendo por su existencia, hagan silencio.

Fue gracias a las personas cuir racializadas, en especial las mujeres trans, negras y trabajadoras sexuales, que tenemos una lucha social con la importancia histórica que tiene, que en una situación de indefensión total frente a los abusos discriminatorios de una fuerza abusiva como lo es la policía, decidieron no quedarse en silencio y con furia y violencia responder a quienes minimizaron sus vidas sin compasión.

Nada duele más que ver como una comunidad que en pleno 2020 tiene una expectativa de vida de 35 años, uno de los índices más altos de suicidios y falta de acceso a educación, salud, trabajo y vivienda en niveles alarmantes, sufre aún más discriminación de parte de comunidades que deberían ser aliadas de esta lucha, en especial las mujeres cisgénero y los gays y las lesbianas.

Muchos hombres gays y mujeres lesbianas siguen reproduciendo los comportamientos de quienes abuchearon y querían callar a Sylvia Rivera hace cuarenta años, con la idea consciente o inconsciente de que si pasan por encima de las identidades más marginalizadas, sean las personas trans, no binarias o hasta los gays afeminados, sus propias identidades serán reafirmadas en la

sociedad cis-heterosexual que les recibirá con brazos abiertos. Por eso vemos el nacimiento de alianzas LGB, miradas recriminatorias a los cuerpos disidentes en las marchas del orgullo, y hasta posiciones transfóbicas de parte de figuras importantes de la comunidad, como Rupaul, creador de un reality sobre drag queens, o Claudia López, la primera alcaldesa mujer abiertamente lesbiana de Bogotá.

Por otro lado vemos cómo se van consolidando con fuerza movimientos trans odiantes que cooptan espacios feministas bajo el pretexto de cuidar a las mujeres haciendo la diferenciación entre las experiencias y las opresiones de las mujeres cis con las de las mujeres trans u hombres trans, que claramente existen, pero no se pueden tomar como base para minimizar las violencias que sufren las mujeres trans e invisibilizar las que sufren los hombres trans y personas no binarias gestantes.

Lo que se plantea en muchos casos como un debate termina en casos en los que autoras con plataformas tan masivas como J. K. Rowling (autora de la saga de Harry Potter) terminan teniendo un impacto real sobre la legislación que podría salvarle la vida a muchas personas de identidades disidentes, y lo que no entienden quienes pretenden pasar por encima de estas identidades es que la sociedad a la que quieren pertenecer, con su sistema jurídico, policial, legislativo que está en una cruzada contra las personas trans en este momento, no tendrá reparos en atacar

los derechos que se han ganado en materia de aborto, derechos laborales, adopción y matrimonio igualitario, entre otros porque al final del día cualquier persona que no sea un hombre blanco cisgénero, heterosexual, clase media-alta con educación universitaria, es completamente desechable para el sistema socio-político y económico en el que vivimos.

Soy una mujer transgénero pansexual, pero entiendo que por mi color de piel, por mi clase social, o hasta por el hecho de haber terminado el colegio y poder haber accedido a educación universitaria tengo muchos privilegios que la mayoría de personas trans en Colombia no tienen, y entiendo que la única razón para tener esos privilegios es para poder amplificar las voces de las personas que históricamente han sido silenciadas, por eso les pido silencio, pero como les decía, no es un silencio cómplice de la violencia biopolítica que se ejerce constantemente contra lo disidente, es un silencio contemplativo, desde el cual podemos cada quién escuchar estas voces y desde nuestras plataformas darles eco.

No es casualidad que en este momento, el mes del orgullo LGBTIQ, se esté llevando a cabo en Estado Unidos una de las sublevaciones civiles más importantes de su historia en contra de su historia fundacional racista y el sistema policial, judicial y carcelario que impone la importancia de ciertas vidas sobre otras. No significa que la lucha de la comunidad negra les esté quitando el protagonismo a la lucha de la comunidad LGBTIQ, o al

revés, como muchas personas lo piensan, sino que estamos en un momento de entender las luchas sociales como intrínsecamente relacionadas.

Esto fue de lo que las feministas negras se dieron cuenta en los 80s, al encontrar que su lucha como mujeres no cabía en la lucha negra liderada por los hombres y que la lucha negra no cabía en la lucha feminista liderada por mujeres blancas. Autoras y activistas como Angela Davis, bell hooks y Toni Morrison en Estados Unidos o Gloria Anzaldúa y Ochy Curiel en Latinoamérica han escrito incansablemente sobre la necesidad de una lucha social interseccional que vea las opresiones de raza, clase, género y demás en un mismo nivel.

Este concepto lo ilustra perfectamente la autora y activista Audre Lorde en su poema “No hay jerarquías de opresión” que encarecidamente les invito a leer, lo pueden encontrar fácilmente en Google, pero si puedo compartir acá un fragmento sería este: “es una norma de cinismo de la derecha animar a lxs miembrxs de los grupos oprimidos a actuar unos contra otros, y mientras nos dividimos por nuestras identidades particulares no podemos unirnos en una acción política efectiva”.

Lo que explica Lorde acá y que las personas que practicamos el feminismo interseccional entendemos es que las luchas sociales tienen que estar hermanadas debido a que siempre será la estrategia de la derecha, de los grupos antiderechos y del fundamentalismo

religioso intentar separarlas. No puede haber racismo en la lucha por los derechos LGBTIQ, no puede haber transfobia en la lucha feminista.

Esto demuestra lo que existe detrás de los esfuerzos de crear movimientos feministas trans excluyentes o de cooptar los espacios cuir en beneficio de empresas privadas, una atomización de las luchas sociales para trivializarlas y despolitizarlas.

He dicho que me alegra que debido a la pandemia no se vayan a realizar marchas del orgullo en el mundo este año, y lo reitero. Ya estuvo bien de los espacios

cooptados y despolitizados, que las salidas a la calle, como en el movimiento de Black Lives Matter en Estados Unidos, sean abiertamente antisistema, en cooperación con todos los movimientos sociales, amplificando las voces de las comunidades históricamente marginalizadas y nunca olvidando que los derechos que hemos ganado las minorías no han sido ganados con educación y tranquilidad, han sido ganados con ladrillos, con vidrios rotos, paredes rayadas, edificios en llamas, un clamor popular que no descansa y las ganas de que nuestras vidas no sean apagadas por un sistema al que no le importamos.